

Más allá de la Leyenda Negra y del Mito Romántico: el concepto de España en el hispanismo británico contemporaneísta

Enrique Moradiellos

En un sentido lato, el sintagma «hispanismo histórico británico contemporaneísta» designa a un grupo de historiadores profesionales de la Gran Bretaña que han venido dedicando al campo de la historia contemporánea española su labor de estudio e investigación fundamental. En otras palabras: la «escuela británica del hispanismo histórico contemporaneísta». Pero al margen de esta descripción neutra, la cuestión reside en hallar un conjunto de caracteres comunes y sustantivos para definir con rigor como escuela a un grupo plural y heterogéneo de personas y de obras que tiene ya más de medio siglo de existencia académica. Estas páginas pretenden esbozar una conceptualización de dicho grupo como escuela (o tradición) historiográfica reconocible más allá del hecho evidente de la nacionalidad británica compartida de todos sus integrantes. El punto de partida de esta tentativa radica en una hipótesis sobre el origen del propio fenómeno. Todo indica que el hispanismo británico contemporaneísta tiene su carta de fundación en una coyuntura histórica singular: se constituye a partir de la guerra civil española de 1936-1939 como resultado del impacto histórico-cultural de la contienda en la sociedad británica. Además, dicha escuela nacida como secuela de la guerra de España cuenta con un artífice indiscutible: Gerald Brenan, escritor británico que publicaba en 1943 la obra *El laberinto español*, cuyo subtítulo rezaba: *Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil* 1.

1 Todos los estudios sobre el hispanismo británico contemporaneísta coinciden en esta consideración de Brenan como autor clave en su configuración: Ana Clara GUERRERO

Como es patente, sostener que el hispanismo británico nace tras la guerra civil y tiene a Brenan como fundador significa afirmar que no existía previamente en Gran Bretaña una escuela de hispanistas dedicados al estudio histórico de la España contemporánea. Lo cual no es óbice para que puedan enumerarse una serie de especialistas británicos en lengua y literatura hispanas que habían escrito y publicado sobre la historia española del siglo XIX y principios del XX. No en vano, como ha escrito sir John Elliott, «la profesionalidad (en el hispanismo británico) llegó antes al estudio de la literatura que al de la historia»². Dentro de esa nómina cabría mencionar a Edgar Allison Peers, fundador del *Bulletin of Spanish Studies*, la revista más prestigiosa del hispanismo en el mundo anglosajón entre 1923 y 1940. También podría citarse a sir Charles Petrie, William C. Atkinson o John Brando Trend. Todos estos autores, estudiosos de la lengua y la literatura española, escribieron sobre temas históricos contemporáneos de manera ocasional, como derivación de sus trabajos literarios y lingüísticos y sin que mediara una investigación histórica sobre fuentes documentales primarias constante. Por eso no constituyeron un grupo profesional reconocible y cualificado en el plano historiográfico.

El hispanismo histórico británico contemporaneísta configurado tras la guerra civil de la mano de Brenan estuvo definido por una característica temática sustancial. Su propósito fundamental ha sido explicar los orígenes, el curso y las implicaciones de la propia contienda española. Reformulando el juicio de un miembro de la escuela, podría afirmarse que su rasgo predominante ha sido su obsesión «con el examen de las causas, el desarrollo y las consecuencias de la guerra civil»³. Esta concentración temática es ya por sí sola un reflejo elocuente del impacto que la guerra civil tuvo en Gran Bretaña. Los motivos de esa resonancia

y Abdón MATEOS, «Algunas notas sobre el hispanismo británico. Del *Laberinto Español* de Brenan al *Franco* de Preston», *Spagna Contemporanea*, núm. 8, 1995, pp. 133-147; Julián CASANOVA, «Narración, síntesis y primado de la política: el legado de la historiografía anglo-americana sobre la España contemporánea», *Revista de historia Jerónimo Zurita*, núm. 71, 1995, pp. 237-251; Ángela CENARRO, «De ls viatges en calessa a l'Academia. Orígens i consolidació de la historiografia angloamericana sobre l'Espanya contemporània», *El Contemporani*, núms. 11-12, 1997, pp. 61-68.

² Sir John ELLIOTT, «El hispanismo británico», *Donaire*, núm. 7, 1996, pp. 79-81 (la cita en p. 80).

³ Paul PRESTON, *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Barcelona, Península, 1997, p. 11. La edición original inglesa es de 1990.

de la lucha española sobre la opinión pública británica fueron básicamente dos: la presencia de una analogía esencial y de una sincronía temporal entre la crisis específica española y la crisis general europea de los años treinta. A tenor del primero, la contienda española entre las fuerzas de una República democrática y socialmente avanzada contra un Ejército autoritario y católico-integrista parecía reproducir en pequeña escala la tensión europea entre el bloque democrático liderado por Gran Bretaña y Francia y el Eje contrario formado por la Alemania nazi y la Italia fascista. El segundo motivo derivaba del hecho de que la guerra española había surgido y se desenvolvía en estrecho paralelo cronológico con el deterioro de la situación europea que habría de conducir a la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939. En consecuencia, la guerra de España no sólo parecía ser una pequeña guerra civil europea en miniatura, sino que también era el prólogo y proemio de la guerra mundial en ciernes. Y ello tanto para los partidarios en Gran Bretaña de la República como para los simpatizantes del general Franco. Aunque la diferencia de visión entre ambos fuera notoria: los unos interpretaban el conflicto como una batalla decisoria entre las Democracias y el Fascismo, mientras los otros lo interpretaban como un combate frontal entre el Comunismo y la Civilización Occidental ⁴.

Esta interpretación de la guerra española como un espejo distante y exagerado de una Europa dividida quedó enmarcada e integrada en una percepción de España y de los españoles muy arraigada en los ámbitos populares y oficiales de Gran Bretaña. En efecto, la lectura del conflicto español entre la población y los gobernantes británicos se hizo bajo el prisma de los estereotipos acuñados históricamente sobre España y el carácter nacional de los españoles: el derivado de la Leyenda Negra sobre España y el surgido del Mito Romántico sobre España. Las enraizadas imágenes implícitas en esos dos fenómenos histórico-culturales constituyeron el filtro y el prisma sustancial a cuyo través se percibió y se comprendió la guerra civil española en el Reino Unido ⁵.

⁴ Sobre el impacto de la guerra española en Gran Bretaña véase Juan AVILÉS, *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil española*, Madrid, Eudema, 1994, y Enrique MORADIELLOS, *La perfidia de Albión. El gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid, Siglo XXI, 1996.

⁵ Sobre este asunto resulta esclarecedor Enric UCCELAY DA CAL, «Ideas preconcebidas y estereotipos en la guerra civil española: el dorso de la solidaridad», *Historia Social*, núm. 6, 1990, pp. 23-43. Cfr. sir John ELLIOTT, *op. cit.*, p. 80.

Un ejemplo bastará para demostrar cómo se interpretaba el conflicto español a la luz de los tópicos heredados del pasado. En noviembre de 1938, cuando las tropas del general Franco se aprestaban a lanzar su ofensiva final y victoriosa contra la República, el mayor Edmond Mahony, agregado militar británico en España, remitía a sus superiores un informe reservado sobre la situación en el que afirmaba:

El español no es un hombre que se guíe por la razón y tampoco valora la sabiduría si ésta aconseja algo que va en contra de lo que le dictan sus instintos. Siendo como es por completo un esclavo de sus pasiones, en las circunstancias presentes podemos esperar que prolongue su resistencia hasta el límite máximo de la capacidad humana. (...) La guerra civil forma parte de la tradición nacional; al igual que la corrida de toros proporciona un dividendo gratificante en forma de excitación emocional. Por eso, la perspectiva de una prolongación indefinida de la guerra civil probablemente causa menos consternación entre la tropa y en España en general que la que suscita en el extranjero ⁶.

Así pues, resulta evidente que tanto los sectores populares británicos como los círculos oficiales tendieron a descifrar e interpretar el complejo conflicto español de acuerdo con las ideas y concepciones abrigadas sobre España y el carácter de los españoles. Unas ideas y concepciones que eran el fruto decantado de una experiencia histórica dilatada de relaciones bilaterales y cuya manifestación más palmaria se recogía en dos núcleos de estereotipos básicos: la Leyenda de la España Negra y el Mito de la España Romántica. Sin comprender el origen y morfología de ambos resulta difícil, si no imposible, calibrar el significado cultural del hispanismo británico historiográfico.

El origen de ese conjunto de ideas negativas sobre España y los españoles denominado la *Leyenda Negra* debe buscarse en los fuertes celos despertados en varios países europeos ante la incontestada hegemonía alcanzada por la monarquía católica hispana durante casi todo el siglo XVI ⁷. Sólo resta insistir en que esa visión adversa tuvo un desarrollo mucho mayor en Inglaterra (y como derivación en el mundo

⁶ Reproducido en E. MORADELLOS, «El espejo distante. España en el hispanismo británico contemporaneísta», *Revista de Extremadura*, núm. 24, 1997, pp. 7-38 (cita en pp. 12-13).

⁷ El origen del vocablo tiene fecha y autor: el erudito Julián JUDERÍAS en *La leyenda negra y la verdad histórica* (Madrid, 1914); Ricardo GARCÍA CÁRCCEL, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1992; Carlos GÓMEZ-CENTURIÓN, «Bajo el signo

cultural anglosajón) que en cualquier otro estado continental⁸. Las razones son fácilmente comprensibles. En el caso de la Inglaterra de Isabel I, el enfrentamiento con la España de Felipe II tuvo caracteres de lucha por la supervivencia a vida o muerte del propio Estado inglés, de su Iglesia nacional reformada y de sus incipientes proyectos de expansión naval y colonial. En otras palabras: la rivalidad anglo-española que estalla en la segunda mitad del siglo XVI y pervive hasta el siglo XIX era de naturaleza casi omnicompreensiva.

Ante todo, Inglaterra se oponía a la hegemonía político-militar española en el continente y por esa razón prestaba ayuda a los rebeldes holandeses en las Provincias Unidas y a todos los enemigos de España en Francia y Alemania. En segundo orden, Inglaterra se oponía a España en el plano religioso porque la monarquía inglesa, cabeza de la Iglesia Anglicana, se había erigido en defensora del protestantismo frente a la ortodoxia católica romana defendida por España y el Papado. Finalmente, Inglaterra se resistía a la pretensión española de monopolizar el comercio marítimo con América y restringir la colonización del nuevo continente por otras potencias europeas. Esta enconada rivalidad política, religiosa, marítima y colonial habría de servir como contexto fecundo y caldo de cultivo fructífero para la cristalización en Inglaterra de ese conjunto de imágenes negativas y adversas sobre España y los españoles. Sobre todo tras la victoria inglesa frente a la Armada Invencible en 1588, el perfil de la Leyenda Negra alcanzó rasgos de una hispanofobia popular visceral.

A tenor de esa leyenda, España se presentaba como una potencia expansionista y opresora, el temible brazo armado de la Contrarreforma católica y servilmente aliada al Papado de Roma. Por su parte, el carácter nacional de los españoles sintetizaba todos los vicios y defectos imaginables en el ser humano. El español era por naturaleza violentamente cruel, fanáticamente intolerante y vanidosamente fanfarrón. *Cruelty*, *Bigotry* y *Vanity* eran los tres atributos más reiterados a la hora de definir a los españoles de la época y de todo tiempo y lugar. Tales atributos tomaban como referencia los tres tipos humanos españoles más visibles y temidos en la época: el conquistador de Indias cruel, el inquisidor fanático y torturador, y el hidalgo altanero de insoportable

de Sagitario. La visión europea del poder español (siglos XVI-XVII)», *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 16, 1995, pp. 201-237.

⁸ William S. MALTBY, *La Leyenda Negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1558-1660*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

suficiencia. Sin duda, la virulencia de ese sentimiento antihispánico fue amortiguándose a medida que el imperio español entraba en su prolongada crisis. Aun así, todavía en el siglo XVIII, además de los denuestos tradicionales, España recibió el atributo de la decadencia como rasgo novedoso mientras los españoles sumaban los calificativos de perezosos.

A principios del siglo XIX surgió una imagen diferente sobre España y los españoles. Se trataba de una percepción derivada del Mito Romántico sobre el país y sus habitantes que haría olvidar selectivamente a la opinión pública británica y a sus gobernantes los estereotipos adversos⁹. Si la Leyenda Negra había nacido de la rivalidad anglo-española en el siglo XVI, el mito de la España romántica iba a surgir en un contexto histórico radicalmente distinto: el del espontáneo levantamiento popular contra los ejércitos franceses de Napoleón en 1808. El comienzo de la Guerra de Independencia en España provocó un entusiasmo sin precedentes en Gran Bretaña y generó una nueva sensibilidad oficial y popular hacia España y los españoles. No en vano, el levantamiento ocurría en medio de una agotadora guerra entre Gran Bretaña y Francia iniciada en 1793 y sólo concluida en 1815. Por eso mismo, Gran Bretaña, enfrentada en solitario al empuje militar napoleónico, recibió con enorme alivio la insurrección y se aprestó a concluir la alianza política y militar hispano-británica contra su enemigo común francés.

Como resultado de la consecuente hispanofilia súbita, los tópicos plasmados por la Leyenda Negra sufrieron una revisión completa en favor de una imagen igualmente mítica pero contrapuesta: la *España Romántica*. A tenor del nuevo estereotipo, la percepción negativa de España y de los españoles se trocó en una imagen positiva y ponderativa. En un plazo breve, los vicios y defectos de los españoles se volvieron virtudes y perfecciones. Así, por ejemplo, la crueldad hispana se convirtió en valentía indómita, el execrable fanatismo devino pasión indomable, y la soberbia altanera se hizo orgullo patriótico e individualista. Los tipos humanos que encarnaban esta imagen serían ahora los guerrilleros anónimos, los defensores de Zaragoza, los cientos de Quijotes amantes de su libertad e individualidad. La popularización del nuevo estereotipo fue articulada a través de dos vías. En primer orden, por los poetas románticos británicos cautivados por la gesta española: lord Byron,

⁹ Como introducción al Mito Romántico véase Ian ROBERTSON, *Los curiosos imperitinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1988.

Wordsworth, sir Walter Scott, etc. En segundo, por los relatos publicados por viajeros británicos que durante el siglo XIX se acercaron al país para descubrir su exotismo: George Borrow, Richard Ford, etc. ¹⁰

Durante la guerra civil de 1936-19:39, las imágenes tradicionales asociadas a España y a los españoles resurgieron con un vigor extraordinario en el Reino Unido: tanto la imagen negativa de la Leyenda Negra como la imagen positiva del Mito Romántico. Ambas coexistieron y se entretujieron con profusión. Simplemente se llevó a cabo una división de atributos según que las preferencias políticas del observador se inclinaran a favor de la República o en pro del bando del general Franco. Para la izquierda británica, la abominable España negra era sin duda la España franquista, en tanto que la España romántica cobraba cuerpo en la España leal a la República. Por el contrario, para las derechas, la España negra tenía su expresión en la zona de las turbas rojas y ateas, en tanto que la romántica era aquella que había emprendido una Cruzada contra el Comunismo y en defensa de la civilización occidental.

Esas visiones contrapuestas constituyeron el trasfondo ideológico y cultural de la labor historiográfica emprendida por Gerald Brenan y los historiadores hispanistas contemporaneístas. Gracias a sus investigaciones iba a ser posible la lenta tarea de criba y trituración de todo el conjunto de interpretaciones basadas en mitos estereotipados a fin de sustituirlas por una explicación histórica fundamentada y crítica de la España contemporánea en su compleja realidad ¹¹. En eso consistió la novedad del hispanismo histórico británico: en ofrecer un análisis y explicación de la historia contemporánea española que huía de interpretaciones apriorísticas sobre el carácter innato de los españoles y de la consideración de España como un enigma histórico inaprensible y ajeno al resto de los países europeos. Por el contrario, la nueva escuela del hispanismo británico trataría de explicar los procesos históricos españoles dentro del contexto general del continente y atendiendo a los factores materiales de orden social, económico, cultural y político

¹⁰ Erasmo BUCETA, «El entusiasmo por España en algunos románticos ingleses», *Revista de Filología Española*, tomo X, núm. 1, 1923, pp. 1-25; Jan ROBERTSON, «Testimonios literarios británicos del período bélico», en el catálogo de la exposición conmemorativa: *La alianza de dos monarquías. Wellington en España*, Madrid, Museo Municipal, 1988, pp. 109-143.

¹¹ Sobre la pervivencia de esos estereotipos ofrece buena prueba Emilio LAMO DE ESPINOSA, «La mirada del otro. La imagen de España en el extranjero», *Información Comercial Española. Revista de Economía*, núm. 722, 1993, pp. 11-2.5.

que fueron conformando su peculiar, pero no excepcional, desarrollo contemporáneo. En esta cesura radical con las interpretaciones míticas legadas por el pasado y el entronque con los métodos y presupuestos de la historia científica residió la novedad historiográfica de la tradición inaugurada por Brenan.

Desde el principio, el hispanismo británico fue un fiel reflejo de las características que definían a la escuela histórica inglesa tal y como se había desarrollado desde mediados del siglo XIX tras la obra pionera de Thomas Babington Macaulay (autor de la *Historia de Inglaterra desde la entronización de Jacobo II*). En abierto contraste con la escuela histórica alemana (personificada por la figura contemporánea de Leopold von Ranke), la historiografía británica tuvo una serie de rasgos definitorios bien perceptibles y constantes ¹².

El primero de esos rasgos, compartido por la escuela germana, estribaba en la redacción de obras que tenían como soporte y apoyatura una amplia base documental y testimonial probatoria y cotejable, tanto de naturaleza archivística como bibliográfica o hemerográfica. En otras palabras, siempre se respetó la máxima *Quod non est in actis, non est in mundo*. Quizá la pequeña pero reveladora diferencia en el caso de los historiadores ingleses residiera en la mayor aceptación de las fuentes literarias como material de consulta y uso en las labores de investigación y redacción histórica. Cabría pensar que la influencia de la novela historicista de sir Walter Scott evitó el triunfo incontestado de la sobriedad germánica al utilizar sólo fuentes administrativas estatales.

El segundo rasgo definitorio radicaba en la atención prestada a la belleza formal y estilística de la narración histórica. Para la escuela inglesa, el relato histórico no sólo debía ser verdadero y apoyado en evidencias documentales, sino también elegante y a ser posible bello. La historia científica seguía siendo un género literario cuyo objetivo era explicar los procesos pretéritos a un público general culto y no

¹² Peter R. H. SIFF, *Learning and a Liberal Education. The Study of Modern History in the Universities of Oxford, Cambridge and Manchester, 1800-1914*, Manchester, Manchester University Press, 1986; J. R. HALE (ed.), *The Evolution of British Historiography: From Bacon to Namier*, Londres, Macmillan, 1967. Una comparación entre las escuelas inglesa y alemana en James JOLL, *National Histories and National Historians: Some German and English Views of the Past*, Londres, The German Historical Institute, 1985. Una crítica de las peculiaridades inglesas en Gareth Stedman JONES, «Historia: la miseria del empirismo», en Robin BLACKBURN (ed.), *Ideología y ciencias sociales*, Barcelona, Crijalbo, 1977, pp. 109-131.

destinarse sólo a los colegas de profesión. La razón de esa doble necesidad científica y divulgativa era clara: en la sociedad británica decimonónica, próspera, estable, liberal (*whig*) y satisfecha de sí misma, la historia tenía una función pedagógica cívica y formativa inexcusable. Este compromiso político liberal (implícito en la llamada «interpretación *whig*» de la historia) fue definido en 1900 por Richard Congreve: la historia no podía ser «mero divertimento sino el fundamento sólido para nuestra guía como hombres y ciudadanos»¹³.

El tercer elemento definitorio era la aceptación explícita de la necesidad de que el historiador participase personalmente en la narración histórica. Lejos de considerar (como Ranke y sus discípulos) que el narrador era una especie de notario aséptico y neutral, los historiadores británicos, siguiendo a Macaulay, asumían como inevitable la intervención personal en la percepción y narración de los fenómenos históricos. El único requisito de objetividad aceptado y exigido era el respeto al *dictum* clásico de Tácito: había que escribir historia *bona fides, sine ira et studio*. En otras palabras: con buena fe interpretativa, sin encono partidista y tras intenso análisis de las evidencias disponibles.

El cuarto rasgo discernible en la historiografía británica consistía en su atención a los aspectos políticos de los fenómenos históricos. Ello derivaba de una concepción de la historia como proceso humano en el cual, sin olvidar totalmente las dimensiones sociales, económicas y culturales, el plano preferencial de análisis era el político por su condición de ámbito de resolución de los problemas planteados en las sociedades (el ámbito de configuración del poder). Esta marcada preferencia conllevaba dos efectos. Por un lado, la atención histórica solía centrarse en los grandes protagonistas de la lucha por el poder: dirigentes políticos y sociales, estadistas, etc. Por otro, el análisis imponía un empirismo descriptivo y la huida de generalizaciones abstractas y conceptos anónimos y suprasubjetivos. Nada más lejano a los historiadores británicos que la antropomorfización de unos conceptos generales a los cuales se atribuía sentimientos, voliciones y capacidad de actuación (del tipo «la burguesía tomó el poder» o «el proletariado hizo la revolución»). Una advertencia cautelara de sir Lewis Namier puede servir como exponente de ese recelo hacia las concepciones organicistas: «Cincuenta hombres nunca forman un ciempiés»¹⁴

¹³ Citado en Peter R. H. SIFFE, *op. cit.*, p. 21.

¹⁴ Recogido en Fritz STERN (ed.), *The Varieties of History. From Voltaire to the Present*, Londres, Thames and Hudson, 1956, p. 372.

El hispanismo británico, en su condición de grupo específico dentro de la escuela histórica británica, reflejaría todos esos rasgos en mayor o menor medida según los casos y las épocas. Cabría añadir otras dos características propias que completarían esta tentativa de definición historiológica de la tradición heredera de Brenan. Ante todo, destaca en sus investigaciones la presencia activa de un marco comparativo siempre implícito de carácter supranacional. Detrás de toda obra sobre historia española puede observarse de modo latente, a veces explícito, una comparación con el modelo ofrecido por el proceso histórico de la Gran Bretaña contemporánea. En segundo orden, resulta patente la concentración en temas históricos de amplio alcance. En parte, esa atención a los grandes temas o períodos históricos es el resultado de una exigencia académica. No hay que olvidar que el hispanista británico es un especialista que trabaja sobre la historia de un país extranjero y distinto a aquél en el que vive, trabaja, enseña y publica. Por tanto, debe atender a las necesidades de explicaciones genéricas y sucintas de su propio público discente o lector, que le pide respuestas a interrogantes sobre cuestiones generales y no monografías minuciosas sobre naderías irrelevantes (para ese público).

La obra de Gerald Brenan es un claro reflejo de todos esos rasgos definitorios apuntados en mayor o menor medida. Brenan (1894-1987) era un escritor de talante liberal y excéntrico (como buen miembro del grupo de Bloomsbury) que residió en el sur de España entre 1919 y 1936 (casi siempre en Yegen, en las Alpujarras granadinas). El estallido de la guerra civil le obligó a repatriarse en septiembre de 1936 y sólo en 1953 regresaría a España para asentarse en Churriana y luego en Alhaurín el Grande (Málaga)¹⁵. A principios de 1938, poco después de su regreso a Inglaterra, Brenan comenzó la redacción de una obra que sólo se publicaría en 1943 bajo el título de *El Laberinto español* y que era una tentativa de respuesta a la angustiada pregunta de cómo había sido posible la guerra civil en España¹⁶.

¹⁵ Dos obras de BREAN ofrecen una panorámica biográfica completa: *Memoria personal, 1920-1975*, Madrid, Alianza, 1979, y *Al sur de Granada*, Madrid, Siglo XXI, 1979; Sam ABRAMS, «Aproximación a la vida de Gerald Brenan», *Litoral. Revista de la poesía y el pensamiento* (Málaga), número monográfico titulado *Gerald Brenan. Al sur del laberinto*, 1985, pp. 25-38; Jonathan GATHORNE-HARDY, *A Life of Gerald Brenan. The Interior Castle*, Londres, Sinclair-Stevenson, 1994.

¹⁶ *The Spanish Labyrinth. An Account of the Social and Political Background of the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1943. Versión española

El libro no es un relato cronológico de los acontecimientos que llevaron desde la Restauración de los Borbones en 1874 al estallido de la contienda civil en 1936. Se compone de capítulos engarzados que pasan revista a distintos temas de la historia contemporánea española para buscar el origen de los varios conflictos que se combinaron y dieron origen al enfrentamiento armado de 1936: el contencioso entre la Iglesia católica y el liberalismo anticlerical, el antagonismo entre Estado centralista y nacionalismos periféricos, el agudo problema agrario en el sur latifundista, las razones del peculiar vigor del carlismo y luego del anarquismo, etc.

En su conjunto, el trabajo de Brenan ofrece un fresco vivo en el que se aportan varias razones que hicieron posible que la polarización social y política en España traspasara el umbral de la guerra civil, atendiendo a explicaciones inmanentes y materiales, huyendo de los estereotipos sobre la violencia innata de los españoles y su incapacidad para el compromiso y la vida en paz. En gran medida, su originalidad reside también en haber sido «el primer estudio que integró una rica variedad de datos económicos y sociales en un libro sobre la historia contemporánea de España»¹⁷. Todo ello en una narración escrita en lenguaje diáfano, donde el marco general desciende en ocasiones a un detallismo simbólico que actúa al modo de un microcosmos de la situación histórica general descrita. Buena prueba del acierto de las explicaciones de Brenan es que una parte sustancial de su obra sigue conservando validez general, a pesar del tiempo transcurrido y del inevitable envejecimiento de varias de sus tesis parciales.

El segundo gran aporte historiográfico del hispanismo británico vio la luz en el año 1961. Se trataba del libro de Hugh Thomas (1931-) titulado *La guerra civil española* y publicado simultáneamente en inglés, francés y español¹⁸. Pocos años después, tras la aparición de una primera

de José CANO RuZ publicada en París por Ruedo Ibérico en 1962 bajo el título de *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*. La última versión española conocida ha sido publicada en Barcelona por Plaza y Janés en 1996.

¹⁷ Gabriel JACKSON, «Homenaje a Gerald Brenan», *Litoral* (número monográfico), pp. 133-137 (la cita exacta en p. 135). También Paul PRESTON subraya la condición de pionero de BREANAN en su artículo «The Spanish Civil War and the Historians», en P. PRESTON (ed.), *Revolution and War in Spain, 1931-1939*, Londres, Methuen, 1984, pp. 1-13 (la referencia a BREANAN en p. 5). Traducción española: *Revolución y guerra en España*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 5-24.

¹⁸ *The Spanish Civil War*, Londres, Eyre and Spottiswoode, 1961. La versión francesa se tituló: *La Guerre d'Espagne*, París, Robert Lallont, 1961. Traducción de Jacques

revisión del original inglés en 1965, la obra sería traducida al resto de los principales idiomas del mundo. Así comenzaba su espectacular éxito que le llevaría a sumar varias ediciones y reimpressiones en casi todas sus versiones idiomáticas ¹⁹. El estudio de Thomas era una minuciosa crónica del conflicto español y de sus antecedentes escrita desde una perspectiva liberal democrática y con propósito de imparcialidad respecto de las pasiones partidistas aún vigentes. El estilo narrativo era muy fluido, a la par que el fenómeno bélico aparecía como resultado de acciones y omisiones de hombres, grupos políticos y organizaciones sociales, y no como un acontecimiento exigido necesariamente por la evolución organicista de estructuras históricas anónimas y suprasubjetivas. En este sentido, el libro era un verdadero exponente del empirismo de la historiografía británica.

En gran medida, la fortuna de la obra de Thomas residió en el oportuno momento de su publicación. A principios de la década de los años sesenta estaban disponibles los suficientes materiales testimoniales para redactar esa crónica narrativa y existía un mercado potencial de lectores, españoles y extranjeros, ávidos de información actualizada y ponderada. Como el propio autor reconocería, «en el extranjero "necesitaban" una historia de la guerra civil, al decir de los editores» ²⁰. Thomas redactó la obra en el momento preciso, con el formato idóneo y sin competencia alguna de entidad (los trabajos del galés B. Bolloten y de los franceses P. Broué y E. Témime eran de otro carácter) ²¹.

Brousse y Lucien Hess. La primera edición española fue publicada en París por Ruedo Ibérico en 1961.

¹⁹ La segunda edición inglesa revisada fue publicada en Harmondsworth por Penguin Books en 1965. Dicha casa sería responsable de una edición aumentada en 1977, todavía en circulación. En 1967 hubo una nueva edición española en París de Ruedo Ibérico, basándose en la edición inglesa de 1965. Una nueva edición aumentada se publicó por primera vez dentro de España en 1976 a cargo de la editorial barcelonesa Grijalbo en dos volúmenes y con el texto traducido por Neri Daurella. Su éxito fue tal que en 1985 esa versión ya iba por la novena edición. Excusamos mencionar las ediciones paralelas y reimpressiones a cargo de Círculo de Lectores (1977), Éxito (1978) y Urbión (1979).

²⁰ «Prólogo» a la edición Grijalbo de 1976. Citamos por la octava edición de 1983, p. 19.

²¹ La obra francesa, titulada *La Revolution et la Guerre d'Espagne* (parís, Minuit, 1961), era una visión analítico-estructural y de compromiso político filo-trotsquista. Edición española: México, FCE, 1962. La de Bolloten (*The Grand Camouflage. The Communist Conspiracy in the Spanish Civil War*, Londres, Hollis and Cartel', 1961) era un estudio minucioso pero parcial sobre la actividad comunista durante la guerra

En esta falta de competencia fue ayudado, no cabe duda, por la política del régimen franquista hacia el conocimiento del inmediato pasado histórico español. En la España de Franco, al margen de las historias oficiales sobre la guerra, laudatorias y desprovistas de valor historiográfico, era imposible acceder a los fondos archivísticos y publicar con mínima imparcialidad sobre el período bélico. Por eso, la historia de Thomas se convirtió en una obra de referencia básica, tanto dentro de España como en el exterior. El cambio de circunstancias tras el final de la dictadura franquista, junto con la proliferación de investigaciones históricas sobre el tema, han contribuido a envejecer esta obra pionera a pesar de sus frecuentes revisiones.

Pocos años después de la aparición del libro de Hugh Thomas, el hispanismo británico llegó a su máximo esplendor con la publicación de una obra magistral. La fecha de edición era 1966. Su autor: Raymond Carr (1919-), profesor de la Universidad de Oxford²². Y su título era corto y preciso: *España, 1808-1939*²³. El libro contenía una densa panorámica de la historia contemporánea de España desde la Guerra de Independencia hasta la victoria franquista en la guerra civil. Su originalidad radicaba en su amplísima expansión temática y temporal, su profundidad explicativa y su brillante composición y estilo narrativo. Fue percibida desde el principio como un clásico de la historiografía española y británica cuyo impacto todavía hoyes difícil de minusvalorar.

Hay que recordar que a mediados de los años sesenta no existía una obra general sobre historia contemporánea española de mínimo rigor documental, intensidad analítica y ponderación de juicio. La his-

y estaba escrito con una perspectiva «un tanto inquisitorial» (según Thomas en el prólogo citado en nota previa). Julio ARÓSTEGUI, «Burnett Bolloten y la Guerra Civil Española: La persistencia del "Gran Engaño"», *Historia Contemporánea*, núm. 3, 1990, pp. 151-177.

²² Sobre la vida y obra de CaT resulta imprescindible Malcolm DEAN, «Raymond Carr: Approaches to the History of Spain», en FraJ(ES LANNON y Paul PRESTON (eds.), *Élites and Power in Twentieth-Century Spain. Essays in Honour of Sir Raymond Carr*, Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 1-9. Véase igualmente el prefacio de los editores de dicha obra, pp. V-VIII.

²³ *Spain, 1808-1939*, Oxford, Clarendon Press, 1966. La segunda edición revisada y ampliada sería publicada bajo el título *Spain, 1808-1975* por la misma editorial en 1982. La primera edición española, revisada y aumentada, se publicó en Barcelona por Ariel en 1969 bajo el título *España, 1808-1939*, con traducción de Juan Ramón Capella, Jorge Garzolini y Gabriela Ostberg. La segunda edición revisada y ampliada se publicó por la misma editorial en 1982 bajo el título *España, 1808-1975*. Prueba del éxito del texto es que en 1990 se hubiera llegado ya a la quinta edición de la versión de 1982.

toriografía española contemporaneísta, lastrada por la vigilancia de los censores franquistas y por las prohibiciones de acceso a los archivos pertinentes, apenas podía vanagloriarse de la contribución de Vicens Vives y de las aportaciones de Artola, Cacho Viu, Jover Zamora, Pabón o Seco Serrano. En ese contexto desolador, Carr publicó un estudio omnicomprendivo de la España contemporánea donde los aspectos políticos estaban en íntima conexión con las estructuras sociales, se entretajían con los procesos económicos y tenían su reflejo en las esferas cultural e ideológica. Desde el principio, quedaba clara la pretensión de articular todas las dimensiones históricas en la explicación del desarrollo peculiar pero no excepcional de la España contemporánea:

La explicación más verosímil del fracaso de la revolución liberal en España es que el cambio político no fue acompañado por aquellas mutaciones sociales y económicas que dan su contenido a la revolución política. La leyenda negra de una sociedad cerrada, que orgullosamente repudia las ideas modernas, se transfiere de las esferas de la intransigencia intelectual a los ámbitos inferiores de la necesidad económica; son causas del fracaso liberal la carencia de capital, la persistencia de métodos artesanales en la industria y la rutina en la agricultura; sus símbolos son el arado de madera, la hoz, la era y el alto horno de leña²⁴.

Esa perspectiva analítico-estructural se combinaba con una elegante capacidad narrativa, una profunda atención al detalle significativo, y una aversión explícita a las explicaciones basadas en conceptos impersonales (del tipo entonces en boga por influencia marxista: «revolución burguesa», «fracción de base», «modo de producción»...). Quizá esa combinación de análisis estructural y narración colorista y a veces microhistórica hayan hecho del libro el clásico historiográfico que sigue siendo²⁵.

El impacto de la obra de Carr fue tan grande que en torno a su persona se agrupó una pléyade de discípulos que dio origen a la llamada

²⁴ Éste es el inicio del capítulo primero de la obra. Citamos por la quinta edición de Arie! de 1990, p. 17.

²⁵ Por ejemplo, CalT fue el primero en descubrir a sus lectores aspectos insólitos y, sin embargo, muy reveladores de los protagonistas de la historia española. Gracias a su obra pudieron saber que el general Espartero, la espada del liberalismo progresista decimonónico, era hijo de un humilde carretero y creyente católico hasta la superstición; que Cánovas del Castillo, aparte de ser el arquitecto conservador de la Restauración, era también un asiduo lector de Immanuel Kant; o que Lerroux, al tiempo que dirigía al lumpen-proletariado barcelonés en campañas anticlericales, era uno de los escasos ciclistas empedidos que había en el país.

«escuela de Oxford» del hispanismo británico contemporaneísta. En efecto, alrededor del Centro de Estudios Ibéricos del Sto Anthony's College fue configurándose un grupo definido de investigadores, tanto británicos como españoles. Entre estos últimos cabría mencionar a tres cuya fecunda producción historiográfica refleja por sí sola la impronta del magisterio de Carr: Joaquín Romero Maura, José Varela Ortega y Juan Pablo Fusi Aizpurúa²⁶. Su contribución a la modernización historiográfica española desde la etapa tardofranquista es conocida y apreciada.

De los discípulos británicos más destacados de la escuela de Oxford cabría mencionar a cinco nombres todavía activos: Richard Robinson, Martin Blinkhorn, Frances Lannon, Shlomo Ben-Ami, Paul Preston y Charles Powell. Todos ellos cursaron sus estudios total o parcialmente en Oxford y realizaron sus tesis doctorales bajo la dirección de Carr²⁷. Fue dentro de esta segunda generación de hispanistas británicos donde tuvo lugar el intenso debate sobre la interpretación de la Segunda República que dividió al conjunto de la escuela en «conservadores» revisionistas frente a «liberales» ortodoxos. Sin duda, el clímax de ese debate lo constituyó la polémica entre Robinson y Preston sobre las responsabilidades atribuibles a la derecha católica y a la izquierda socialista en el fracaso de la breve experiencia democrática republicana. Al margen del interés historiográfico de la polémica, su importancia

²⁶ J. ROMERO-MAURA, *La rosa de fuego : El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Barcelona, Grijalbo, 1974; J. VARELA ORTEGA, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración, 1875-1900*, Madrid, Alianza, 1977; J. P. FUSI, *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Turner, 1975.

²⁷ Los principales trabajos de estos autores fueron (orden de cita en texto): *The Origins of Franco's Spain. The Right, the Republic and Revolution*, 1931-1936, Newton Abbot, David & Charles Publishers en 1970 (traducción española: *Los orígenes de la España de Franco. Derecha, República y Revolución*, 1931-1936, Barcelona, Crijalbo, 1(74); *Carlism and Crisis in Spain*, 1931-1936, Cambridge, CUP, 1975 (*Carlismo y contrarrevolución en España*, Barcelona, Crítica, 1979); *Privilege, Persecution and Prophecy. The Catholic Church in Spain, 1875-1975*, Oxford, OUP, 1987 (*Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España*, Madrid, Alianza, 1990); *The Origins of the Second Republic in Spain*, Oxford, OUP, 1978 (*Los orígenes de la Segunda República en España*, Madrid, Alianza, 1990); *The Coming of the Spanish Civil War*, Londres, Macmillan, 1978 (*La destrucción de la democracia en España*, Madrid, Turner, 1(78); *El piloto del cambio. El rey, la monarquía y la transición a la democracia*, Barcelona, Planeta, 1991).

radica en la demostración de la altura científica de la propia escuela oxoniense y de su talante autocrítico²⁸.

Con posterioridad a la polémica, Preston se reveló como el autor más prolífico e influyente de los discípulos de Carro. De hecho, sus trabajos últimos, incluyendo su exhaustiva biografía del general Franco, le han convertido en el más claro heredero de Raymond Carr al frente de la tradición hispanista británica contemporaneísta²⁹. No en vano, Preston es el maestro reconocido de lo que podría llamarse la tercera generación de hispanistas británicos surgida a la vida pública a lo largo de los años ochenta. Su lugar de formación ha sido el *Centre for Contemporary Spanish Studies* que dicho profesor dirige en la Universidad de Londres desde 1984 (primero en el *Queen Mary College* y desde 1991 en la *London School of Economics*). Miembros de esta nueva «escuela de Londres» son Sheelagh Ellwood, Sebastian Balfour, Paul Heywood o Helen Graham³⁰. Todos ellos han seguido roturando diversos campos de la historia política, social y cultural española. Quizá la gran diferencia de esta tercera generación con respecto a las precedentes es su mayor vinculación con otras tradiciones historiográficas aparte de la tradición liberal *whig*. Por ejemplo, la tradición marxista británica (E. P. Thompson, E. Hobsbawm), la tradición radical-popular (el matrimonio Webb o los Hammond), o la tradición histórico-sociológica norteamericana (Barrington Moore, Tilly).

En definitiva, a juzgar por la nómina de obras y autores citados, no cabe duda de que la sombra proyectada por Brennan es alargada. Gracias a los trabajos del hispanismo británico contemporaneísta (sumados a los del hispanismo modernista de figuras como sir John Elliott)

²⁸ Martin BLINKHORN, «Anglo-American historians and the Second Spanish Republic: the emergence of a new Orthodoxy», *European Studies Review* (Laneaster), vol. 3, núm. 1, 1973, pp. 81-87.

²⁹ *Franco. A Biography*, Londres, Harper Collins, 1993 (*Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Grijalbo, 1994).

³⁰ S. ELLWOOD, *Prietos las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1984; P. HEYWOOD, *Marxism and the Failure of Organised Socialism in Spain, 1879-1936*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990. Traducción española: *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España*, Santander, Universidad de Cantabria, 1993; S. BALFOUR, *Dictatorship, Workers and the City: Labour in Greater Barcelona since 1939*, Oxford, Oxford University Press, 1989. Traducción española: *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona, 1939-1988*, Valencia, Institució Alfons El Magnanim, 1994; H. GRAHAM, *Socialism and War. The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

ha sido posible rasgar el tupido velo creado por la Leyenda Negra y el Mito Romántico y descubrir la variada y un tanto prosaica realidad histórica de la España contemporánea. Al llevar a cabo esa tarea, los hispanistas han proporcionado a sus lectores británicos y españoles una imagen más precisa, más plural, más compleja y menos simplificadora de la España de los siglos XIX y XX, desmintiendo al mismo tiempo los arraigados tópicos sobre la diferencia esencial y la idiosincrasia peculiar de los españoles en el mareo de los pueblos europeos circundantes. El valor socio-cultural de esa tarea se magnifica aún más si se tiene en cuenta la persistencia de imágenes míticas derivadas del pasado³¹.

La mirada desde afuera sobre España proporcionada por el hispanismo británico y otras escuelas hispanistas ha generado resultados muy fructíferos y siempre complementarios con la mirada desde dentro ofrecida por la renovada historiografía española. Así debiera seguir ocurriendo en el cercano porvenir para bien de los lectores británicos y de los lectores españoles. No en vano, en palabras certeras y recientes de Antonio Muñoz Molina: «Hay que estudiar historia porque la ignorancia lleva al recelo y alodio. Hay que estudiar historia y hay que volverse un poco extranjero»³².

³¹ E. LAMO DE ESPINOSA, *op. cit.*, p. 21. Según una encuesta de 1988 en Europa el porcentaje de británicos que tenía una opinión sobre España «bastante mala» era del 9,1 por 100 (el segundo más bajo en Europa después del 12,1 por 100 de holandeses). Por contra, sólo el 3,9 por 100 de franceses, el 4,] por 100 de alemanes o el 2,4 por 100 de portugueses abrigaban una opinión similar sobre España.

³² A. MUÑOZ MOLINA, «La mirada de fuera», *El País*, 20 de noviembre de 1996, p. 38.